

Cuento de Navidad

Cuchito y Pepa miraban el camino que entre hileras de avellanos, maitenes y quilas serpenteaba desde su casuca, montaña adentro, hasta el pueblo.

Jamás ellos habían llegado tan lejos, aunque conocían los campos que circundaban la propiedad de su padre.

Tomados de la mano, los dos hermanitos se escondían entre las ramas de un boldo mientras pasaba la carreta del padre, que llevaba cebollas al pueblo.

Cuchito no se levantaba un metro del suelo; medio cubría sus piernas cobrizas el pantalón sujeto a la cintura con una correa; la camisa que llevaba había sido blanca días atrás, y a la cabecita de enmarañados cabellos coronábala una chupallá deteriorada por el uso.

Pepa, casi del alto de su hermano, vestía un camión de percal desteñido; el chupallón que defendía su cabeza del sol, los cabellos crespos que formaban marco al rostro de mejillas gordinflonas y rojas, los ojos vivarachos, todo formaba un conjunto que conquistaba las simpatías.

Cuando se perdió a lo lejos la nube de polvo que seguía a la carreta, Cuchito dijo con autoridad:

—Sigamos, Pepa; tenemos que estar en el pueblo esta noche de Pascua.

—¿Será esta noche?—Preguntó Pepa con desconfianza.

—Clarito; es esta noche cuando el niño Dios se acuerda de todos los niños.

—¿Me darán una muñeca, Cuchito?

—Yo me contento con una carreta—contestó con filosofía egoísta el chico.

Y animando sus esperanzas, los dos hermanitos, que de lejos se confundían con la tierra del camino, siguieron las huellas de la carreta.

Desde aquel día en que la señorita del pueblo los despojó del pino que ellos habían plantado, el cual, gracias a

sus cuidados, creció derecho y verde, diciéndoles, después de dar a su madre algunas monedas, que era para llenarlo con luces y juguetes que repartiría entre los niños pobres, formaron su plan, que realizaban aquella tarde.

Quemaba el sol, el viento y la tierra daban sed; pero animándose el uno al otro, enterrando los piecitos en el polvo caliente, llegaron con los últimos arreboles al pueblo.

Los dos chicos sintieron miedo al entrar por la calle principal; las ventanas de las casas parecían ojos que los miraban con mal gesto.

Llegaron a la plaza, y allí se sentaron en un banco, cansados y turbados.

¿Cómo sabremos encontrar el pino, Cuchito?

—No te aflijas, ya daremos con él.

Tin-tán, tin-tán... tocó en ese momento la campana de la iglesia, que se alzaba al otro lado de la plaza.

Los niños miraron en esa dirección. La noche había entrado con ellos en el pueblo, y entre sus sombras oscuras resaltaba luminoso el templo, con sus ventanales de colores, por donde irradiaba fantástica claridad, mientras el aire vibraba con las sonoras y alegres campanadas; tomados de la mano atravesaron la plaza, llegando hasta la puerta de la iglesia, de donde brotaban raudales de luz.

Sorprendidos, deteniendo la respiración, anhelantes, los dos niños contemplaron ávidos el pino, su pino..., plantado en una maceta dorada, frente a la puerta abierta; lucecitas rojas, azules y amarillas brillaban en sus ramas como florecitas luminosas; juguetes, muchos juguetes colgaban, cual frutas maduras entre el follaje verde.

Cegados por la luz, los chicos no veían más que su pino vestido con las galas de Navidad, y cruzaron el umbral para verlo más de cerca.

Una mano los detuvo y la voz de una señora muy gorda, llena de polvos y cubierta de joyas les gritó:

—¡Fuera los chiquillos!

Los niños se volvieron asustados, y Cuchito contestó con prontitud:

—El pino es de nosotros; los juguetes son para los niños pobres y por eso hemos venido desde muy lejos.

—No, el árbol de Navidad no es para los chiquillos sucios; es para los niños de la parroquia.

—Pero somos niños pobres—gimió Pepa—y el pino era de nosotros.

En ese momento se acercó una jovencita muy bella, quien les dijo con cariño:

—¿Cómo han llegado hasta aquí tan solitos?

—Señorita, oímos decir que en el pino iban a colgar juguetes para repartirlos entre nosotros—le contestaron a una voz los chicos.

—Echalos, no son de la parroquia—dijo con voz des-templada la señora gorda.

Pero la joven tomó a los niños de la mano y les hizo entrar, acercándolos al árbol mientras les decía:

—Tú, Pepa, quieres una muñeca, y tú, Cuchito, un carretón; el niño Dios, que quiere mucho a los niños pobres, les tiene listo lo que desean.—Y la joven se acercó al árbol y cortó el cordel del que colgaba un lindo carretón amarillo con una lanza muy larga, y se lo pasó a Cuchito. Después descolgó una muñeca de cabellos rubios y ojazos azules que Pepa, abrazó fuertemente, como defendiéndola, mientras la besaba y le hablaba con amor.

Entre los centenares de niños que recibieron regalo, ninguno tan feliz como los humildes hijos del campo. La señorita, que no perdía de vista a sus protegidos; cuando terminó la fiesta los hizo subir a su coche, devolviéndolos a su casa, donde la mamita, al verlos llegar cargados de juguetes y dulces y bajar del coche de la señorita del pueblo, nada les dijo.

—Mamita, todo esto nos puso en el pino el niño Dios—decían felices, mostrándole sus tesoros a la madre y contándole las maravillas que acababan de ver—; el niño, que sonreía entre la paja del pesebre, la música, las luces. . .

Arriba, más allá del azul del cielo, se reunían los guardianes de alas luminosas, los ángeles de los niños, que se juntan por Navidad para darle cuenta al Todopoderoso del tesoro que tienen a su cargo. Llegaban tristes, muchos lloraban; cada año era más ingrata, más difícil, la tarea de velar y hacer felices a los niños.

Los guardianes de los hijos de los poderosos de la tierra, como los que velaban por los hijos de los humildes, mostrábase desconsolados.

Los niños perdían la inocencia, la sencillez; se complicaban, exigían lo que no tenían y no eran felices con lo que estaba al alcance de sus deseos.

Pero un ángel de alas de oro se acercó radiante:

—Señor, hay dos niños felices esta Navidad—y contó la historia de Cuchito y Pepa, que a esas horas dormían tranquilos y contentos, soñando con el pesebre y con la sonrisa del niño Dios.

Y en el gran libro azul donde se escriben con letras de estrellas los nombres de los niños cuya alegría de Navidad tiene eco en el cielo, por ser inocente y pura como la de los ángeles, quedaron grabados los nombres de Cuchito y Pepa que, sin embargo, en la tierra eran campesinos ignorantes y rústicos, que no usaban zapatos ni iban a la parroquia.

BERTA LASTARRIA CAVERO

Diciembre, 1927.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico